

PARTICIPACIÓN JUVENIL Y POLÍTICA PÚBLICA: UN MODELO PARA ARMAR*

Martín Hopenhayn*

Resumen

En los campos de la participación social y el ejercicio ciudadano, los jóvenes distan mucho de los impulsos utópicos y mesiánicos de generaciones precedentes. Han cambiado radicalmente los espacios y los motivos que los nuclean. El papel desempeñado por los consumos culturales como eje de identidad y de participación, los conflictos relacionados con sus opciones de inclusión social, así como formas más informales y cambiantes de organización entre jóvenes, plantean hoy los desafíos principales a programas públicos que buscan promover la participación juvenil.

Por otra parte la modernidad y postmodernidad coloca a los jóvenes en un lugar de tensiones y contradicciones: más educación y menos acceso a empleo, más información y menos acceso a instancias de poder, mayor autonomía moral y menores opciones de autonomía efectiva, mayor brecha entre consumo simbólico y consumo material, extatización del presente vs. capacitación para el futuro. Todo esto determina la interlocución entre los jóvenes y las figuras de autoridad, por lo cual debe ser considerado en políticas públicas que tengan a la juventud como destinatario específico. Además, si bien hoy la juventud ostenta una fuerte desconfianza respecto de la oferta política, por otro lado muestra mayor disposición a participar en acciones o programas cuyos resultados son menos diferidos al futuro, más palpables y más directamente relacionados con el tipo de problemas y aspiraciones que tienen en tanto jóvenes del siglo XXI.

* Trabalho apresentado no I Congresso da Associação Latino Americana de População, ALAP, realizado em Caxambú- MG – Brasil, de 18- 20 de Setembro de 2004.

* División de Desarrollo Social de la CEPAL.

PARTICIPACIÓN JUVENIL Y POLÍTICA PÚBLICA: UN MODELO PARA ARMAR*

Martín Hopenhayn*

1. La juventud ayer y hoy

Desde una perspectiva sociológica, “la juventud se inicia con la capacidad del individuo para reproducir a la especie humana y termina cuando adquiere la capacidad para reproducir a la sociedad” (Brito, 1997, p. 29). Desde el punto de vista del desarrollo bio-psico-social, el inicio de la juventud está asociado a la pubertad y la adolescencia, con todos los cambios psicológicos y hormonales que dicho proceso conlleva, como la identificación sexual y el desarrollo de las características sexuales primarias y secundarias, la búsqueda de la autonomía e independencia, el cambio de la importancia en los grupos de referencia (pasando de una primacía de la familia a la del grupo de pares), el diseño de proyectos personales de vida, entre otros rasgos definitorios.

Según Bourdieu la juventud “no sería más que una palabra”: creación social para definir un período etario que debiera cumplir, en nuestra época, con ciertas expectativas, pero que no siempre ha sido tratado como un actor social en sí mismo. La juventud emerge históricamente como un “grupo de agentes” posibles de analizar y tematizar, en el momento en que la mayoría tiene acceso a la enseñanza y se enmarca, de esta forma, en un proceso de “moratoria de responsabilidades” que en épocas anteriores no se daba. El joven vive así un estatuto temporal en que “no es ni niño, ni adulto” (Bourdieu, 1990).

* Trabalho apresentado no I Congresso da Associação Latino Americana de População, ALAP, realizado em Caxambú- MG – Brasil, de 18- 20 de Setembro de 2004.

* División de Desarrollo Social de la CEPAL.

En el capitalismo moderno la juventud aparece como actor en vías de preparación para entrar en el sistema productivo. Deviene objeto de discusión y análisis cuando los mecanismos de tránsito etario no coinciden plenamente con los de integración social, vale decir, cuando aparecen comportamientos definidos como disruptivos en los jóvenes porque los canales de flujo de la educación al empleo, o de la dependencia a la autonomía, o de la transmisión a la introyección de valores, pierden solución de continuidad y devienen problemáticos. Conflictividad o apatía política, deserción escolar, desempleo masivo, crisis normativa o conductas de riesgo pasan a ser parte del lenguaje que desde la política y el discurso adulto reconoce, define y reifica a los jóvenes.

La definición y categorización social de la juventud como grupos o agregados de personas que comparten características comunes no tiene larga data. En sociedades definidas como pre-modernas, el tránsito de la infancia a la adultez estaba garantizado por la eficacia de ritos de pasaje reconocidos por todos los miembros de una comunidad; y por la adquisición, de parte de los jóvenes, de saberes productivos y reproductivos transmitidos por los padres u otras figuras cercanas. Más aún, el papel más precoz de los hombres en el trabajo productivo y las mujeres en el reproductivo hacía que el tránsito de la niñez a la vida adulta se hiciera sin la moratoria que hoy define a la juventud. Por lo mismo, la juventud es una categoría moderna, vale decir, pertenece a un tiempo histórico en que los rituales de pasaje se diluyen, el tránsito hacia la adultez se hace más largo (disociando la madurez sexual de la madurez social), y los cambios en todas las esferas de la vida hacen que la generación nueva ya no se restrinja a reproducir la vida de la generación precedente. Esto coloca a los jóvenes como portadores del cambio, con mayor autonomía moral que los niños pero sin la autonomía material de los adultos, y como un grupo etario con funciones sociales y patrones culturales específicos. Recién entonces, puede decirse, nace la juventud como sujeto en la sociedad, como objeto de políticas y como tema crítico de estudio.

A esto se agregan una serie de características que, más que de la modernidad, hacen parte de las últimas décadas. Vale la pena resaltar algunos de estos rasgos por sus implicancias en relación a la participación juvenil y los desafíos que hoy le plantean a las políticas públicas.

2. Jóvenes en la modernidad tardía

La construcción de lo juvenil en la postmodernidad o modernidad tardía¹ supone cambios importantes respecto de la modernidad que le precede. La prolongación del proceso educativo, las percepciones de incertidumbre económica y laboral, así como las mayores aspiraciones de los jóvenes, han hecho que progresivamente se postergue la edad promedio en que el joven se hace adulto mediante el trabajo y la creación de su propia familia. Más aún, no se puede hablar de una juventud homogénea, sino de una etapa en que sus integrantes viven un proceso de cambio, en el que se suceden etapas diferenciales en cuanto a las principales actividades que realizan (estudio vs. trabajo), su grado de independencia y autonomía (económica y afectiva) y al rol que ocupan en la estructura familiar (hijo, jefe de hogar o cónyuge).

La imagen de lo juvenil cambia con la velocidad de los tiempos. Al respecto creo sugerente mostrar como se está dando "lo juvenil" en el imaginario adulto, donde algunos rasgos ya constituidos se exageran a tal punto que asumen la apariencia de elementos inéditos. En la valoración de los adultos, que además permea la visión que el Estado tiene de los jóvenes, destacan elementos contradictorios.

En primer lugar, a medida que se difunde en la estética cotidiana el culto a la lozanía, en el mundo productivo el culto a la adaptabilidad, y en el mundo recreacional el culto a la vitalidad, el ser joven se convierte en bienpreciado por los adultos, al punto que muchos de estos últimos se resisten a perder dicha condición. No por nada se ha acuñado el término "adulto joven". La juventud goza en este juicio de una difusa promesa de felicidad donde se conjugan energía física, apertura mental, intensidad vital, disposición al cambio y larga vida. La publicidad de todo tipo constituye el vehículo que potencia esta imagen ante el resto de la sociedad.

En segundo lugar, y tal vez como contrapartida de lo anterior, la imagen de lo juvenil aparece asociada a elementos disruptivos o anómicos, tales como la debilidad del

¹ Utilizamos el término de manera laxa para referir un tiempo histórico marcado por la crisis de la centralidad del trabajo, la pérdida de referentes utópicos e ideológicos, la difuminación de la unidad

orden normativo, la falta de disciplinamiento en el estudio o el trabajo, la imprevisibilidad en las reacciones y trayectorias o la proliferación de conductas de riesgo. En esta valoración negativa que estigmatiza a los jóvenes desde el discurso adulto, el elemento extremo que encarna con más elocuencia el estigma viene del discurso de la seguridad ciudadana. Desde allí se vincula a los jóvenes a la violencia, sobre todo si son varones, urbanos y de estratos populares. Y no es casual, ya que este grupo arrastra una combinación explosiva en que otros grupos pueden proyectar sus propios fantasmas: mayores dificultades para incorporarse al mercado laboral de acuerdo con sus niveles educativos; mayor acceso a información y estímulo en relación a nuevos y vistosos bienes y servicios a los que no pueden acceder y que, a su vez, se constituyen para ellos en símbolos de movilidad social; una clara observación de cómo otros acceden a estos bienes en un esquema que no les parece meritocrático; y todo esto en un momento histórico, a escala global, donde no son muy claras las "reglas del juego limpio" para acceder a los beneficios del progreso. Infantilizados por los adultos, sobre ellos tiende a pesar una mirada fóbica que los construye como potencialmente violentos, consumidores de drogas y moralmente débiles; y esta imagen opera a veces como profecía autocumplida.

En cierta forma el estigma coincide con la dinámica de su objeto, si bien oculta los motivos reales y les sobrepone una reducción. Violencia y droga encarnan y desencarnan hoy las sordas tensiones de una generación que infructuosamente busca su autonomía, tensada entre un destete mental precoz y una demora creciente para arreglárselas sola y armar la casa propia. Por un lado los jóvenes introyectaron el fuerte anhelo de autonomía que es parte del espíritu de la modernidad, y que ellos ahora lo llevan no como discurso ni bandera sino como cuerpo y sangre: no les basta con pensar por ellos mismos, sino que obran de acuerdo a ese pensar, sin importar si coincide o no con los criterios parentales o institucionales. No es una autonomía políticamente reivindicada, sino espontáneamente ejercida. Pero por otra parte los jóvenes no abandonan los hogares de sus padres, los tiene paralizados esta dependencia económica que se alarga a medida que se requieren más años de estudios para marcharse a gusto.

cultural y económica del Estado-Nación, y los nuevos problemas de integración social en sociedades abiertas al concierto global, entre otros fenómenos.

Sobre todo si pretenden aspirar a un empleo que provea ingresos suficientes para ocupar una vivienda propia y sufragarse los gastos. Así, la expectativa de autonomía es mayor que en generaciones precedentes que crecieron bajo patrones más tradicionales, pero la posibilidad de ejercerla es más estrecha por las restricciones del mercado laboral, las exigencias de la sociedad del conocimiento, y la falta de acceso a viviendas propias en ciudades donde el suelo es cada vez más caro.

Pero el estigma opera convirtiendo casos dispersos de violencia juvenil en tipología general. Así, el joven, varón, suburbano y de bajos ingresos encarna la posibilidad de una agresión o un robo. Padece el contagio de un fenómeno en el que está pasivamente involucrado por coincidencias socioeconómicas, etarias y de género. El estigma se revierte contra él en un juego de espejos donde su imagen individual se ve re proyectada como prototipo general. Si transgrede las fronteras invisibles del territorio de pertenencia, podrá ser requerido por la policía, impedido de ingresar en locales comerciales, o cuando menos electrizado por miradas que lo desnudan para ver tras su “tipo” un cuerpo concreto al acecho de una víctima (¿pero quién es aquí la víctima?). El estigma generaliza, construye un arquetipo, no discrimina cuando discrimina.

En tercer lugar, en la esfera del discurso público se produce un desplazamiento en que los jóvenes dejan de verse como protagonistas de proyectos de sociedad, para constituirse en objetos de políticas sociales e, incipientemente, en sujetos de derechos. Sin embargo este tránsito lleva a una construcción de lo juvenil en que ya no son los propios jóvenes quienes proyectan su identidad y sus proyectos hacia el resto de la sociedad sino, por el contrario, se ven proyectados por pactos políticos, diseños programáticos o fantasmas en la opinión pública. Aparecen, entonces, definidos como “carentes”, “vulnerables”, “capital humano”, población a proteger o racionalizar, a empoderar o controlar. Con buenas o malas intenciones, este tinglado discursivo coloca a los jóvenes del lado de la fragilidad o de la ferocidad.

Desde la perspectiva de los propios jóvenes, su subjetividad es fuente de tensión entre imperativos de integración y pulsiones de individuación. Paradójicamente la

modernidad les coloca el doble signo de prepararse para la inserción social productiva y definir sus propios proyectos con plena autonomía. El problema mayor es que la identidad pasa simultáneamente por el anhelo de inclusión social (que la mayoría de los jóvenes latinoamericanos tiene en el centro de sus proyectos de vida), y la pregunta por el sentido de esa misma inclusión.

En contraste con las visiones exógenas que resbalan por sus cuerpos sin penetrarlos, los y las jóvenes padecen sus propios dramas, que no son pocos. Estos dramas son tensiones o paradojas que marcan y amenazan la identidad al mismo tiempo. Quisiéramos sólo mencionar algunas de estas tensiones por sus implicancias en el campo de la participación y la ciudadanía juveniles.

Una primera tensión se da entre *más acceso a información y menos acceso a poder*. Por un lado la juventud tiene proporcionalmente mayor participación en redes informáticas que otros grupos etarios, y también más acceso a información por su alto nivel de escolarización y de consumo de los medios de comunicación. Pero por otro lado participan menos de espacios decisorios de la sociedad, sobre todo en la esfera del Estado. Aquí también existe una asincronía entre mayor inclusión juvenil en cuanto a acceso a información y redes, y mayor exclusión por el lado de la ciudadanía política.² Si de una parte los jóvenes manejan e intercambian más información que otros grupos etarios, por otra parte se sienten poco representados por el sistema político, y estigmatizados como disruptores por los adultos y las figuras de autoridad.

Esta tensión plantea retos a la política pública de juventud y a la relación de los jóvenes con la participación. A medida que se extiende entre los jóvenes el hábito de la conexión a redes electrónicas cambian las formas de estar con otros, de adquirir y compartir información, y de comprometerse con iniciativas colectivas. Dado que en la

² En Brasil, por edad, el 15.8% de los jóvenes de 14-19 años de edad ha usado Internet, contra el 11.3 en la población de 20-35 años, el 5.6 % en edad 36-45 y el 3% en mayores de 46; y para el caso de uso de computadores personales estos índices etarios eran del 27, 19, 13.7 y 6.3% respectivamente. (Datos del Ministerio de Salud de Brasil, 1999, citado por Hilbert, 2001).

juventud la participación requiere un sentido de inmediatez temporal, el modelo de redes electrónicas o de agrupaciones por gustos estéticos ofrece formas más seductoras de participación que el del compromiso político en instancias representativas. Esto es evidente cuando se observa la ductilidad y motivación con que los jóvenes "chatean" y "tarrean" en Internet, o cómo se agrupan en torno a gustos musicales o deportivos. Esto altera la ecuación entre *continuidad* e *intensidad* en la participación, en beneficio de lo segundo y detrimento de lo primero, sobre todo si se contrasta con la participación en grandes proyectos colectivos o en el sistema de partidos. El joven "navegante" privilegia lo sincrónico sobre lo diacrónico, no se colma con/en una sola red de interacción, y su identidad puede ser temáticamente múltiple y, concomitantemente, de grupos de pares diversos. Más que relación entre personas, entre pedazos o sintonías de personas. ¿Cómo ensamblar este nuevo modo de sociabilidad juvenil con la política pública? Difícil desafío.

Una segunda tensión se da entre *más destrezas para la autonomía y menos opciones de materializarlas*. Los jóvenes cuentan con capacidades que los adultos no tienen para insertarse en los nuevos desafíos de la sociedad de la comunicación, tales como más años de escolaridad, mayor fluidez en la "convergencia digital", y un uso más familiarizado con la comunicación interactiva a distancia. Al mismo tiempo, han interiorizado las expectativas de autonomía propias de la sociedad moderna y postmoderna; y esta expectativa es mayor que en generaciones precedentes que crecieron bajo patrones más tradicionales. Sin embargo, chocan con factores concretos que les postergan la realización de esa misma autonomía: mayor dilación en la independencia económica porque hoy hay mayores requerimientos formativos y más dificultades de obtener una primera fuente de ingresos; y mayores dificultades de acceder a una vivienda autónoma por problemas de mercado de suelos urbanos y acceso al crédito. Así, están más socializados en nuevos valores y destrezas, pero más excluidos de los canales para traducirlas en vidas autónomas y realización de proyectos propios. Esta tensión acrecienta la crisis de expectativas de los y las jóvenes.

Desde la perspectiva de la política pública, lo anterior coloca a los jóvenes en un lugar de desconfianza. Esto, porque la brecha entre autonomía moral y heteronomía material, o entre más formación y menos fuentes de ingresos, genera frustración de expectativas y, con ello, distancia respecto de toda autoridad que los jóvenes vinculen con la reproducción del *statu quo*. Por lo mismo, el discurso público tendrá que interpelar a los jóvenes vitando tanto la infantilización como la estigmatización, reconociéndoles el estatuto de libertad moral e identidad propia, y sabiendo que la expectativa juvenil es acortar la brecha entre capacidades adquiridas y posibilidades disponibles, entre autonomía asumida y autonomía postergada.

Una tercera tensión consiste en que los jóvenes son *más cohesionados hacia adentro pero más segmentados en grupos heterogéneos y con mayor impermeabilidad hacia fuera*. Sin duda los nuevos patrones de consumo cultural de la juventud, sobre todo en relación a la industria audiovisual, provee de íconos y referentes que permiten a gran parte de este grupo etario generar identidades colectivas y participar de universos simbólicos. Si bien estos referentes de identidad pueden ser cada vez más efímeros, diversos y cambiantes, hacen de la juventud un actor de gran creatividad cultural. Pero por otro lado se trata de identidades poco consolidadas, fragmentarias, a veces bastante cerradas, que contrastan con las crecientes dificultades para armonizarse con el resto de la sociedad. Sobre todo con la población adulta y las figuras de autoridad. Ejemplo de ello son las distancias que separan la cultura juvenil de la cultura de la escuela. De manera que a veces la inclusión hacia adentro va tensionada, en términos de valores y de identidad, con exclusión hacia fuera.

Esto hace también que los jóvenes descalifiquen reactivamente la oferta política y sean refractarios al discurso de la autoridad pública. El esfuerzo a realizar desde la política pública es abrirse a los imaginarios juveniles sin pretender emular sus códigos de comunicación. Esto no es un mero ejercicio de retórica, sino de adecuar la oferta de servicios públicos a las identidades y problemáticas que la juventud vive como propias.

Una cuarta tensión, que resume parte de las anteriores, permite contrastar *autodeterminación y protagonismo* de un lado, y *precariedad y desmovilización*, del otro. En el lado positivo, se da una creciente autodeterminación juvenil en tanto individuos que habiendo relativizado las fuentes exógenas de autoridad, sobre todo parentales y políticas, proyectan con mayor individuación sus expectativas y trayectorias vitales. Se da también una creciente disponibilidad de espacios de libertad que antes eran privativos de los emancipados (por ejemplo, en el uso del tiempo o en las relaciones de pareja). Y los mercados ponen mayor atención en los jóvenes, dado que son un segmento específico y fuerte de consumo. En el reverso negativo, los jóvenes todavía no constituyen un sujeto específico de derecho, están estigmatizados como potenciales disruptores dentro del orden social, ostentan una baja participación electoral y la consiguiente desmotivación para involucrarse en el sistema político, y su autonomía económica se posterga a medida que el mercado de trabajo demanda mayores años de formación previa.

Por lo mismo, la institucionalidad pública debe dar pasos más decididos en consagrar derechos y políticas específicas para este grupo etario. Mientras los jóvenes permanezcan en el limbo que separa las utopías "sesentistas" de los derechos del nuevo milenio, su vínculo con lo público, y sobre todo con la política pública, resulta difícil de consolidar. Para poder percibirse como un actor reconocido desde el lado de la institucionalidad jurídica y la oferta programática, éstas deben a su vez reconocerlo en su especificidad. Lo que hasta ahora rara vez se da, o sólo se da de modo incipiente.

Finalmente, la juventud ostenta un lugar ambiguo *entre receptores de políticas y protagonistas del cambio*. De una parte los y las jóvenes son vistos como receptores pasivos de servicios públicos, sobre todo la educación (pero no exclusivamente). Por otra parte son considerados los actores estratégicos en el tránsito hacia sociedades de información y conocimiento, dado su mayor capital educativo y su mayor ductilidad en el manejo de redes y consumos mediáticos. Si la edad los confina a ser receptores de distintas instancias de formación y de disciplinamiento, por otro lado se difunde en los medios y en la escuela el mito de una juventud protagonista de los cambios y portadora

de nuevos modelos de interacción social. La juventud se ve, pues, tensionada entre la dependencia institucional y el valor de la participación autónoma.

Cabe agregar que la juventud padece una combinación explosiva de situaciones: mayores dificultades para incorporarse al mercado laboral de acuerdo con sus niveles educativos; un previo proceso de educación y culturización en que han introyectado el *potencial económico* de la propia formación, desmentido luego cuando entran con pocas posibilidades al mercado del trabajo; mayor acceso a información y estímulo en relación a nuevos y variados bienes y servicios a los que no pueden acceder y que, a su vez, se constituyen para ellos en símbolos de movilidad social; una clara observación de cómo otros acceden a estos bienes en un esquema que no les parece meritocrático; y todo esto en un momento histórico, a escala global, donde no son muy claras las reglas para acceder a los beneficios del progreso.

3. El lugar incierto en el mapa de la participación y la ciudadanía

La participación social constituye una dimensión clave de la inclusión de los jóvenes en la sociedad, pues a través suya los jóvenes expresan tanto sus posibilidades como sus deseos en la construcción de un futuro compartido. Las tensiones recién planteadas suponen un desplazamiento del lugar de los jóvenes respecto de la participación, vale decir, de los espacios y prácticas a través de los cuales los jóvenes se involucran en proyectos colectivos, mecanismos de deliberación y negociación de intereses comunes que trascienden su estrecha individualidad o grupo inmediato de referencia. En este campo las nuevas generaciones enfrentan un campo problemático, tanto en lo institucional como en lo subjetivo. Distan mucho de los impulsos utópicos y mesiánicos de generaciones precedentes. Han cambiado radicalmente los espacios y motivos en que los jóvenes se relacionan con lo público y lo político.

Un primer cambio importante es que la política ha dejado de vincularse a la idea de un Gran Cambio Social, y la participación de los jóvenes tiende a darse más en

ámbitos locales y fuera de los partidos políticos. Asume formas de pequeña escala, de menor horizonte temporal y de alcance más modesto en las pretensiones de cambio.

Un segundo cambio se da en el campo de la ciudadanía. La crisis del empleo tiende a restarle centralidad al trabajo como lugar privilegiado de ejercicio de derechos sociales y de participación política. Sea por aumento del desempleo y de la precariedad laboral, por mayor flexibilización contractual o por debilitamiento del actor sindical en el nuevo modelo económico, el hecho es que el trabajo deja de ser el gran eslabón entre vida privada y vida pública, entre actividad económica y compromiso político, entre lo personal y lo colectivo. Tanto más real es este cambio para los jóvenes, que no vivieron en carne propia ni la expectativa del pleno empleo ni la centralidad de las asociaciones de trabajadores en la agenda política. Además, los y las jóvenes se sienten ven discriminados en el acceso al empleo, dado que están más educados que la generación anterior, manejan mejor las nuevas destrezas de la sociedad de la información; pero a la vez duplican índices de desempleo respecto de los adultos, tienen mayor precariedad contractual cuando están empleados, y no forman parte de los grupos corporativos en la defensa de sus intereses.

Restringido el mundo del trabajo, el paso de lo privado a lo público, y de lo personal a lo colectivo, busca otras vías de flujo en esferas no estrictamente productivas, tales como la comunicación de masas, la recreación, las demandas étnicas y de género, las redes virtuales y los consumos culturales. De allí que los intereses de los jóvenes en relación a ejercicio ciudadano y participación tengan hoy matices distintos. En ausencia de megapolítica y de sociedad del empleo, los jóvenes no se sienten representados por los sistemas políticos, ya que las nuevas inquietudes juveniles son difíciles de procesar en un sistema habituado a actores corporativos y más ligados al mundo productivo. Ni las identidades intensivas pero espasmódicas de las tribus urbanas, ni el mundo poroso de los consumos culturales encuentran espacios de deliberación en la política pública.

Roto el eslabón del mundo laboral y difuminado la épica de las apuestas políticas, opera en el mapa de la ciudadanía juvenil un tránsito de *los jóvenes como protagonistas*

del cambio político y social a los jóvenes como sujetos de derecho y objeto de políticas. Sin embargo, en las políticas públicas y en el sistema institucionalizado de los derechos, la especificidad juvenil todavía no está plenamente consagrada, a diferencia de lo que ocurre con los derechos de las mujeres o con los de los niños y adolescentes. Por lo mismo, esta transición está pendiente y en el momento actual los jóvenes se encuentran en el umbral que separa ambos modelos: ya no se perciben como el gran actor del cambio pero todavía no se perciben tampoco como sujetos plenos de derecho o claros beneficiarios de políticas públicas. En parte compensa esta deuda la percepción de los jóvenes como una generación que, de manera más cotidiana y menos épica, genera nuevas sensibilidades y produce nuevas identidades, sobre todo a través del consumo cultural y de la comunicación en general.

4. Cómo participa la juventud³

Hechas estas consideraciones, y en base a las Encuestas Nacionales de Juventud realizadas el año 2000 en cuatro países - Chile, Colombia, México y España – en poblaciones jóvenes cuyas edades fluctúan entre los 15 y 29 años, se pueden observar las tendencias que siguen respecto de cómo ven los jóvenes la participación social y política.⁴

1. Una primera tendencia es el descrédito de las instituciones políticas y del sistema democrático por parte de los jóvenes. La información para los países señala claramente un proceso de desafección juvenil frente a las instituciones políticas y sus actores así como también una desvalorización del régimen democrático como sistema de

³ Para este acápite y el siguiente me he basado en el aporte del sociólogo chileno Guillermo Sunkel a un proyecto de la CEPAL sobre la situación de los jóvenes en Iberoamérica.

⁴ Aún cuando ésta constituye una valiosa fuente de información, hay problemas de comparabilidad por diferencias en diseños metodológicos entre las encuestas mencionadas. Las encuestas revisadas son las siguientes: INJ de México (2000), INJ de Chile (2000), Colombia Joven (2000), y INJUVE (2000).

gobierno. Este último aspecto aparece vinculado a la percepción de que la democracia y su ejercicio no genera un sistema de igualdad de oportunidades.⁵

La forma más evidente del rechazo de los jóvenes se manifiesta en el hecho de no participar en los comicios electorales y la negación del voto como instrumento de participación ciudadana.⁶ Las encuestas muestran también que en general los jóvenes participan poco de movimientos estudiantiles, sindicatos, partidos políticos y organizaciones comunitarias, instancias que en generaciones precedentes nucleaban el grueso de la participación juvenil. A pesar de que en el imaginario de los jóvenes persiste una fuerte conexión entre asociatividad y política, la participación en instituciones políticas es la que presenta menor atractivo para ellos. De hecho, la gran mayoría no se identifica con ningún partido y de la minoría que tiene preferencias político-ideológicas, el porcentaje de militantes es ínfimo.⁷

Si bien los jóvenes manifiestan su descrédito respecto de organizaciones tradicionales de la política, valoran altamente la participación como mecanismo para la autorealización y obtención de logros. Lo que rechazan, más bien, es el tipo de práctica política en que ellos, como jóvenes, tienden a sentirse manipulados por otros y para fines con los que no se identifican. Por otra parte, los jóvenes actuales tienden a ser más esporádicos y discontinuos en la participación: se involucran generalmente en actividades puntuales, durante ciertos períodos, sin comprometerse en el largo plazo.

En el marco de esta tendencia general destacan también ciertas diferencias que se encuentran vinculadas a la historia política de cada país. Chile y España comparten

⁵ En España, los jóvenes han perdido cada vez más la confianza en instituciones políticas, religiosas, las Fuerzas Armadas lo cual los ha hecho perder el interés por participar de estas instituciones: 7% de los jóvenes entre 15 y 25 años afirmaban que la política es muy importante en 1998. En Chile, de acuerdo a la Tercera Encuesta Nacional de Juventud (2001), sólo el 48.8% de los y las jóvenes de 15 a 24 años tenía una valoración claramente positiva de la democracia como sistema de gobierno.

⁶ En Chile, de acuerdo a datos para el año 2000, sólo el 30,9% de los y las jóvenes afirmó estar inscrito en los registros electorales.

⁷ Por ejemplo, en Colombia bordea el 1%; y en el caso de los jóvenes mexicanos, ellos declaran preferir ser parte de un acto en favor de los derechos homosexuales antes que asistir a un acto partidista.

ciertos rasgos pues han visto marcada su historia por episodios autoritarios represivos con intervención de las fuerzas armadas, de los cuales hay todavía memoria transmitida. De hecho, las sociedades que han sufrido los regímenes autoritarios han creado mayores sensibilidades y compromisos de resguardo de las instituciones democráticas y de quienes las defienden. Así, por ejemplo, tres de cuatro jóvenes españoles simpatizan con la democracia como régimen de gobierno. No así en las sociedades mexicana y colombiana, donde muchos jóvenes expresan su crítica a los sistemas políticos nacionales mediante posturas más cercanas al autoritarismo o la “mano dura”.⁸

2. Una segunda tendencia es que ciertas prácticas culturales tradicionales, particularmente religiosas y deportivas, son las que concentran los mayores niveles de asociatividad. Sin embargo, la participación en estas prácticas culturales se encuentra condicionada por variables socio-económicas y de género.

La información para los distintos países indica que, a pesar de los procesos de secularización, existen altos niveles de asociatividad en torno a las prácticas religiosas, principalmente católicas y, en segundo término, evangélicas. La variable socioeconómica tiene incidencia en las prácticas asociativas católicas ya que el porcentaje de creyentes practicantes declina a medida que el nivel socio-económico disminuye. Tiene incidencia también en las iglesias evangélicas pentecostales, las que han conseguido una mayor base de apoyo en los sectores populares de diversos países latinoamericanos. En relación a las asociaciones deportivas la presencia es mayoritariamente masculina, inclusión que empieza en la adolescencia pero que no se traduce a futuro en una participación activa en otro tipo de organización. El fin es el deporte como ejercicio individual y no la creación de lazos o ideales comunes.

3. Una tercera tendencia es que, junto a la asociatividad generada por estas prácticas culturales tradicionales, se aprecia la creciente importancia que adquieren nuevas modalidades asociativas de carácter informal. En efecto, a partir de la década de

⁸ Incluso una mayoría femenina es partidaria de sacar al ejército a las calles en México para "frenar las convulsiones".

los '80 los jóvenes potenciaron su inclusión en las estructuras sociopolíticas a través de formas de organización alternativas - sin negar la vigencia de las tradicionales expresiones de significación de la ciudadanía - donde la responsabilidad es del propio colectivo, sin la autoridad directa de adultos.

Estas nuevas modalidades asociativas se constituyen como estructuras más efímeras y de lazos flexibles, cuyo rasgo clave es su falta de institucionalización e inserción en estructuras formales. Entre ellas destacan los grupos informales como los *graffiteros*, los *skaters*, *okupas* y bandas de música. Son modos de agrupación preferentemente masculinos que se apropian de determinados territorios urbanos y que se encuentran en las principales metrópolis del continente. La conformación de estas nuevas modalidades asociativas, que son generadoras de identidades sociales, gira en torno a contextos locales. Sin embargo, también siguen modelos globales.

En estos nuevos modos de agrupación es bastante reducido el porcentaje de jóvenes que cree que ser un buen ciudadano es comprometerse con el país. Más bien, como ocurre con jóvenes mexicanos, la cotidianeidad se da en torno a “vivir sin involucrarse”. Esta realidad provoca que la proliferación del espacio de encuentro juvenil se dé, principalmente, entre los grupos de pares y que la calle sea el ámbito de socialización más común. En España el contexto es similar, así como en la sociedad chilena que está viendo una emergencia de este fenómeno.

Existe también una versión negativa o violenta de estas nuevas formas de asociatividad, que incluye a las pandillas, los grupos reivindicativos de choque, las mafias, y otros. Se da con mayor presencia en países como Colombia o El Salvador, pero no se restringe a estos países. Tienden a proliferar estos grupos allí donde hay una importante cantidad de jóvenes inmersos en las esferas informales relacionadas con la violencia y el delito, y donde se ha masificado el porte de armas de fuego. Las razones de este fenómeno se enmarcan en la problemática económica (pobreza), la falta de educación y oportunidades (estancamiento), la presión de pares para formar parte de estos

grupos, y el aprendizaje en culturas de la violencia o en formas violentas de resolución de conflictos.

4. *Una cuarta tendencia muestra que los jóvenes, si bien afirman una creciente preocupación y conciencia por temas emergentes, no traducen esta conciencia en niveles significativos de participación.* Existen temas que han logrado tocar la sensibilidad de los jóvenes como los derechos humanos, la paz, el feminismo, la ecología y las culturas de etnias o pueblos originarios. Sin embargo, se aprecia una disociación entre la conciencia y los modos de acción social de los jóvenes. Dicho de otro modo, estas preocupaciones no logran constituir modalidades de asociación predominantes. Sin embargo, se observa un incipiente y paulatino aumento de la participación en estos temas, preferentemente en los jóvenes de 15 a 25 años.

Los denominados nuevos movimientos sociales que han dado vida a estas asociaciones étnicas, ecológicas o filantrópicas, se constituyen en torno a demandas de reconocimiento social. Esto significa que buscan sobre *todo darle relevancia política y visibilidad pública a actores y temas secularmente soslayados.* La asociatividad en torno a la problemática indígena es la que más ha logrado articular la respuesta de la sociedad civil, particularmente de jóvenes estudiantes insertos en grupos culturales. El ámbito universitario es un espacio donde los temas indígenas han encontrado un espacio tanto teórico como práctico. En su mayoría, las asociaciones en este ámbito están referidas a preservar el desarrollo e identidad de los grupos indígenas o afrodescendientes.

5. *Una quinta tendencia es que los medios de comunicación – y, en particular la televisión– tienen incidencia creciente en la generación de nuevas pautas de asociatividad juvenil.* Los jóvenes son importantes consumidores de televisión y su vida está marcada por la centralidad de la experiencia audiovisual. Algunos autores incluso se refieren al “nuevo sensorium” de los jóvenes el que implica cambios en los modos de percepción del tiempo y del espacio.

La información para los países pareciera indicar una cierta asociación entre la experiencia audiovisual y los cambios en los modos de asociatividad. La centralidad de la experiencia audiovisual pareciera implicar una televisación de la vida pública y la participación en ésta a través de la pantalla, lo que los transformaría en tele-ciudadanos. Esto implicaría una opción por vivir conscientes de los problemas públicos – incluidos los temas emergentes, las causas globales, - pero no necesariamente comprometidos con esas causas. Se observa nuevamente el divorcio entre altos niveles de información que no se traducen en modos de acción colectiva. Más aún, la televisación de la vida pública puede ser uno de los elementos que están en la base de los procesos de desafección juvenil frente a las instituciones políticas y sus actores. A pesar de que la información televisiva tampoco goza de altos niveles de credibilidad, ella podría estar influyendo en el descrédito de la política dada la inclinación de los medios a centrar la atención en casos de corrupción o falta de probidad.

6. *Una sexta tendencia se relaciona con el ejercicio de la ciudadanía en redes virtuales.* Debe tomarse en cuenta que el uso de redes virtuales es más intenso en jóvenes que en otros segmentos etarios, y más aún con el objeto de organizarse colectivamente. Ejemplo de ello es la altísima proporción de jóvenes en las tres instancias sucesivas del Foro Social Mundial de Porto Alegre, concertados previamente por medio de Internet y correos electrónicos. De manera que se abre paso un nuevo modo de participación que tiene su lado más continuo en las redes virtuales, y su lado más espasmódico en la movilización en el mundo "real". Y que el espacio de referencia no sea la nación ni el Estado-Nación, sino el vínculo más directo entre espacios locales y movilizaciones globales. No aspiran allí a ver cumplidas reivindicaciones materiales (empleo, ingresos) o de poder (cuotas en partidos, representación parlamentaria), sino que se movilizan por causas más genéricas y universalmente compartibles, como la paz mundial, los derechos humanos, la justicia, la defensa del medio ambiente, y otras.

7. *Una séptima tendencia es la participación en grupos de voluntariado.* La atracción que ejerce el voluntariado sobre los jóvenes es múltiple. Primero, porque adherir es un acto de clara autonomía, dado que en la acción voluntaria no hay

instrumentación de fines sino el deseo individual de cada uno de aportar. Segundo, porque tratándose de una opción compartida entre jóvenes, vale decir, un tipo de actividad que se realiza colectivamente, la acción voluntaria supone una pertenencia de los individuos involucrados a un colectivo caracterizado precisamente por la autonomía en la elección de pertenencia de sus miembros. Como en el campo más formalizado de la política muchos jóvenes manifiestan rechazo debido a que se sienten cooptados o infantilizados por las dirigencias partidarias, encuentran en el campo de la acción voluntaria una lógica distinta, no movida por intereses de cooptación o hegemonía. Además, la acción voluntaria permite armonizar una motivación ética con la acción colectiva, conciliar el esfuerzo personal con una cierta utopía solidaria, sin por eso tener que suscribirse a doctrinas o autoridades doctrinarias. Por otra parte, la acción voluntaria permite una mayor vinculación clara, y sobre todo inmediata y directa, entre la inversión (afectiva) y la retribución (simbólica). Y lo más importante, *la acción voluntaria le permite al joven involucrado colocarse como protagonista y no como marginado, como proveedor y no como dependiente, como héroe y no como víctima, como meritorio y no como objeto de sospecha por parte de los adultos.*

5. Promoviendo la participación juvenil

Los paradigmas de políticas de juventud, vistos en perspectivas históricas, plantean hoy una mirada desde la autoridad social bastante nueva. En América Latina, dicho de manera muy general, los años cincuenta estuvieron marcados por la idea de que a la juventud era necesario integrarla en los circuitos de educación-trabajo-modernización para evitar comportamientos afuncionales; en los sesenta y parte de los setenta la juventud se vio como portadora de cambios políticos radicales, capaz de incidir decisivamente en los proyectos nacionales; en los ochenta quedó huérfana de relato ideológico y con muy poca interlocución con los gobiernos; y en los noventa se institucionalizó la política de juventud sobre la base de criterios intersectoriales (que van desde la educación hasta la seguridad ciudadana y la auto-afirmación estética) y

participativos (donde los programas suponen la concurrencia de gobierno y beneficiarios en la gestión misma de muchas iniciativas).

Si bien hoy la juventud ostenta una fuerte desconfianza respecto de la oferta política, por otro lado muestra mayor disposición a participar en acciones o programas cuyos resultados son menos diferidos al futuro, más palpables y más directamente relacionados con el tipo de problemas y aspiraciones que tienen en tanto jóvenes del siglo XXI. Como se vio en páginas precedentes, las encuestas disponibles muestran que si bien los jóvenes son refractarios a la política o "los políticos", por otro lado tienen un claro interés por participar con otros en iniciativas colectivas, hacerse oír en el espacio público, y colaborar en acciones de beneficio directo de la comunidad.

Es necesario tener en claro que, pese a lo anterior, los jóvenes valoran positivamente la participación, pero que la misma tiene hoy otros canales y otras motivaciones. Desde la perspectiva de la gestión pública, lo importante es imprimirle a las políticas juveniles un fuerte sesgo pro-participación de los beneficiarios; y por otro lado, procurar la movilización de jóvenes en políticas públicas que apunten a apoyar a otros grupos.

Esto último nos devuelve a la importancia de promover el *voluntariado juvenil* como un eje central de las políticas públicas de interés social. Ejemplo de acciones voluntarias coordinadas desde el ámbito público, son algunos programas de combate a la pobreza y construcción de viviendas mínimas, las campañas de alfabetización, el cuidado de parques y plazas, la construcción de infraestructura o la defensa del medio ambiente. El mayor desafío es articular el voluntariado juvenil con las principales políticas públicas, lo cual requiere de estrategias comunicacionales que procuren sintonizar a los jóvenes con la acción pública. Existen precedentes en la región que muestran la eficacia de estas acciones, tales como la Campaña Nacional de Alfabetización en Guatemala, que ha sido categorizada como un gran movimiento nacional de juventud.⁹, o la Campaña Nacional

⁹ Esto se logró mediante la creación del Movimiento Nacional para la Alfabetización (MONALF/GUA) en octubre de 2000, sobre la base de alianzas estratégicas entre organismos del Estado y de la Sociedad Civil,

de Alfabetización del Ecuador a comienzos de la década de los 90 en la que participaron 100.000 jóvenes.

También es importante involucrar a los jóvenes en acciones en torno a problemas de salud que los afectan más directamente, como son las campañas destinadas a prevenir el embarazo adolescente, el contagio de enfermedades de transmisión sexual, la adicción a estupefacientes y la violencia juvenil. De este modo la juventud deviene simultáneamente *sujeto y objeto* de la política pública, lo que permite ir revirtiendo el círculo vicioso de la apatía política mediante el círculo virtuoso de la participación en políticas públicas. Y revirtiendo, también, el círculo vicioso de la "degradación ciudadana" de los jóvenes (estigmatizados como disruptivos y sospechosos), mediante el círculo virtuoso de la movilización ciudadana de los jóvenes. Tanto más importante porque la juventud *se involucra movilizándose*.

En este sentido también importan los criterios del Estado para enfrentar los problemas asociados a la violencia juvenil. Recordemos los elementos que gatillan la violencia juvenil: la brecha de expectativas entre mayor consumo simbólico vs. mayores dificultades para el consumo material, la difusión de formas ilícitas de obtención de recursos monetarios, y la mala distribución de la riqueza en el grueso de la región iberoamericana. Todo esto nutre, en las periferias urbanas, las subculturas -pandillas, barras bravas- donde la violencia es parte de la convivencia, y donde la movilización busca descargar las frustraciones. Actualmente los hechos de violencia constituyen la primera causa de muerte de jóvenes varones en varios países de Iberoamérica. Al mismo tiempo, los jóvenes varones, sobre todo si pertenecen a grupos de bajos ingresos y habitan la periferia urbana, son vistos por el resto de la sociedad como potenciales infractores y violentistas. Esta predisposición negativa se agudiza a medida que la inseguridad ciudadana se convierte en una de las aprehensiones que más influye en la opinión pública.

movilizando 50.000 jóvenes (estudiantes de enseñanza media) que han alfabetizado a 180.000 personas (Rodríguez, 2002).

De esta manera, la violencia toma a muchos jóvenes a la vez como víctimas y protagonistas. En este contexto, *la participación de los propios jóvenes en programas de prevención de conductas violentas tiene un triple impacto favorable: sobre esas conductas, sobre la disposición de los jóvenes a involucrarse en la política pública, y sobre la imagen que el resto de la sociedad tiene de los jóvenes.*

La prevención de la violencia juvenil es clave para la convivencia ciudadana. Partiendo del consenso de que las vías puramente represivas no son eficaces y a la vez son más caras, importa impulsar estrategias alternativas, actuando simultáneamente en el conjunto de factores incidentes bajo la perspectiva de la mayor convivencia ciudadana: recalificación de la policía, combate a la violencia doméstica, promoción de mecanismos pacíficos de resolución de conflictos, modernización de la justicia, provisión de alternativas pacíficas de socialización juvenil, mejoramiento del tratamiento que del tema hacen los medios masivos de comunicación, sensibilización de la opinión pública (desestigmatizando el problema), desarme de bandas combinado con medidas dignas de reinserción social, desaprendizaje de la violencia y fomento de una cultura de paz. (Rodríguez, 2002).

Por otra parte es importante que los gestores e impulsores de políticas públicas que apuntan a grupos juveniles, consideren también los cambios culturales que viven los jóvenes, la influencia de los medios de comunicación y de la industria cultural, las aspiraciones a mayor autonomía por parte de la juventud, sus tensiones ya señaladas entre mayor formación y menor empleo, y entre mayores expectativas y menores canales para satisfacerlas. En la medida en que se establezca un diálogo horizontal con los jóvenes en torno a estas tensiones que los desgarran, ellos podrán sentirse nuevamente más protagonistas y menos infantilizados o estigmatizados.

No sólo es recomendable situarse en las preocupaciones y cambios culturales que vive la juventud. También es importante potenciar los espacios que los jóvenes utilizan para participar. Para ello se debe avanzar en el compromiso de autoridades municipales, y en coordinación con el Tercer Sector (ONGs, grupos voluntarios), dado que el nivel

local, más próximo en el espacio y más inmediato en el vínculo, permite que los jóvenes se sientan interlocutores frente a la autoridad. La oferta de instancias locales (escuelas de rock o graffiti, talleres de desarrollo personal, iniciativas de voluntariado municipal, y otros), permite a la juventud encontrar canales de participación más vinculados con su vida cotidiana. Y eso lo valoran más que los grandes relatos de cambio social.

No debe temerse la movilización juvenil, sino más bien mantener un diálogo con los jóvenes que se involucran en movimientos sociales diversos y que defienden distintas causas. La juventud debe percibir la voluntad, por parte del Estado o del sistema político, reconocerles plena carta de ciudadanía y de valorar sus formas de participar en asuntos de interés público.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS¹⁰

Bauman, Zygmunt (2003): *Modernidad líquida*, Buenos Aires y México, trad. de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide Squirru, Fondo de Cultura Económica.

Beck, Ulrich (1998): *¿Qué es la globalización?*, Barcelona, Paidós.

Bernales Ballesteros, Enrique (2001): *Situación actual de la legislación iberoamericana en materia de juventud y adolescencia*, Madrid, OIJ.

Bourdieu, Pierre (1990): "La 'juventud' no es más que una palabra", en *Sociología y cultura*, Ed. Grijalbo, México.

Brito, Roberto (1997): "Hacia una Sociología de la Juventud", en *Revista Jóvenes, Causa Joven*, México DF, Año 1, #1.

Castells, Manuel (1999): *La era de la información: economía, sociedad y cultural*, Vol. 1 (*La sociedad red*), Alianza Editorial, Madrid, trad. de Carmen Martínez Gimeno.

CEPAL (1998): *Panorama Social de América Latina*, LC/G.1982-P, Santiago de Chile.

CEPAL (2000): *Equidad, desarrollo y ciudadanía*, Documento de Conferencia presentado al Vigesimotercero Período de Sesiones, México, 3-7 de abril.

CEPAL (2000): *Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe: problemas, oportunidades y desafíos*, Santiago.

CEPAL y Organización Iberoamericana de Juventud (OIJ) (2003): *'Juventud e inclusión social en Iberoamérica'*, (LC/R.2108), Santiago de Chile, 6 de noviembre.

Colombia/Joven (2000): Presidencia de la República, *Encuesta Nacional de Jóvenes*, Julio del 2000.

Dávila, O. (ed.) (2003): *Políticas públicas de juventud en América Latina: Políticas nacionales*, Viña del Mar, Chile, CIDPA Ediciones.

Hilbert, Martín, (2001): "América Latina hacia la era digital", CEPAL, División de Desarrollo Productivo y Empresarial, ponencia presentada al seminario "América Latina hacia la era digital", Santiago, 28 a 30 de noviembre del 2001.

Hopenhayn, Martín (1994 y 1996): *Ni apocalípticos ni integrados: aventuras de la modernidad en América Latina*, Santiago y México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Hopenhayn, Martín (2000): "Nuevas formas de ser ciudadano: ¿la diferencia hace la diferencia?", Caracas, *Revista RELEA* No. 11, mayo-agosto, pp. 109-122.

¹⁰ Incluye referencias explícitas en el texto y otras que han servido de base al mismo.

Instituto Nacional de la Juventud (2000): *Tercera Encuesta Nacional de Juventud*, Chile.

Instituto de la Juventud INJUVE (2000): *Informe Juventud en España*, Madrid.

Instituto Mexicano de la Juventud (2002): *Jóvenes Mexicanos del Siglo XXI. Encuesta Nacional de Juventud 2000*, México.

Martin-Barbero, Jesús (2002): “Jóvenes: comunicación e identidad” en *Pensar Iberoamérica*. Revista de Cultura, N° 0, Febrero.

Rifkin, Jeremy (1999): *El fin del trabajo: nuevas tecnologías contra puestos de trabajo, el nacimiento de una nueva era*, Buenos Aires, Paidós, trad. De Guillermo Sánchez, 5ª. reimpresión, 1999.

Rodríguez, Ernesto (2002): *Actores estratégicos para el desarrollo: políticas de juventud para el siglo XXI*, México, Instituto Mexicano de la Juventud y Secretaría de Educación Pública.

Salazar, Alonso (2002): *No nacimos pa'semilla*, Colombia, Editorial Planeta.

Sunkel, G. (coordinador) (1999): *El Consumo Cultural en América Latina*, Convenio Andrés Bello, Bogotá.

Touraine, Alain (1997): *Pourrons-nous vivre ensemble?*, París, Fayard.

Tokman, Víctor E. (2003): *Desempleo juvenil en el Cono Sur*, Serie ProSur, Fundación Friedrich Ebert, Santiago

Waiselfisz, J. (1998): *Juventude, Violência e Cidadania: Os Jovens de Brasília*, Brasilia, UNESCO y Cortez Editores.